

FILMS SELECTOS

ultimo n.º recibido

KATHARINE HEPBURN



31 de octubre de 1936

Ayuntamiento de Madrid



LORETTA
YOUNG

Ayuntamiento de Madrid
la gentil y admirada artista de la M.-G.-M.

FILMS SELECTOS

DELEGACIONES

MADRID: Valverde, 28; VALENCIA: Plaza Mirasol, 6; SEVILLA: Federico Sánchez Bedoya, 18; MÁLAGA: Marqués de Larios, 2; BILBAO: Alameda Mazarredo, 15; ZARAGOZA: Sitios, 11; MÉJICO: Apartado 1505; CARACAS: Bruzual, Apartado 511; LISBOA: Agencia Internacional, Rua S. Nicolau, 119.

SEMANARIO CINEMATOGRAFICO ILUSTRADO

AÑO VII — NÚM. 305

31 de octubre de 1936

EXIJA CON ESTE NÚMERO EL SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Director: J. ESTEVE QUINTANA

Redacción y Administración: Vergara, 3 — Teléfono 22890

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA Y COLONIAS: AMÉRICA Y PORTUGAL
Tres meses 3'75 Tres meses 4'75
Seis meses 7'50 Seis meses 9'50
Un año... 15'— Un año... 19'—

NÚMERO SUELTO: 30 CTS.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Por los Estudios Alemanes...

CUANDO partimos de Norteamérica, donde durante tantos años hemos vivido dentro del engranaje multiforme y heterogéneo de la cinematografía, alguien nos pregunta, con toda la ingenuidad que caracteriza a los preguntones:

—Y ahora, mientras estás peregrinando por el Viejo Mundo, ¿has de continuar tus entrevistas a las estrellas del cinema? ¿Has de escribir sobre los estudios y su hechizo embrujador?...—

¡Es como preguntarle al alcohólico empedernido si ha de terminar de una vez para siempre de beber!... El torero, puede que un día se corte la coleta; pero el que ha probado el veneno de moverse dentro del encanto engañoso del cinematógrafo, muere con la coleta, sacrificando cualquier otra profesión a la seductora y voluptuosa de seguir paso a paso las altas y bajas de esta industria, en cuyo seno palpita el arte.

Dejar de escribir sobre el cinematógrafo nos parecería un crimen de lesa majestad... Y sonreímos ante la ingenuidad de semejante pregunta.

Un día, pues, nos encontramos en ca-

mino de los estudios de la Ufa, en Berlín. La ciudad, aristocrática, con sus calles trazadas a cordel, con sus monumentos artísticos y sus amplias e interminables avenidas de tilos y castaños en flor, va quedando detrás...

Inconscientemente pensamos en Hollywood. En aquel Hollywood, puerto de esperanzas y desengaños, que conocemos y al cual aceptamos con esa condescendencia generosa de la madre que tiene un hijo travieso, inconstante y alocado, pero que al fin es su hijo...

Porque en Hollywood, el cinematógrafo puso la primera inyección de veneno en nuestra sangre. Ese veneno compuesto con las drogas de la admiración, la curiosidad y la decepción.

Nos acercamos a Neubabelsberg, a pocos kilómetros de Berlín, donde se yerguen los estudios de la Ufa.

¿Y cómo evitar que, a medida que nos acercamos, el pensamiento vuele a Hollywood?... Las cosas del cine, aunque estén situadas en hemisferios diferentes, tienen todas una semejanza de hermanos gemelos.

La verja de hierro, el portero uniformado, imponente, sentado cerca de la misma para guardar celosamente la entrada del paraíso donde se hilvanan las más bellas mentiras del siglo. Todo tiene una semejanza creciente con Hollywood.

¡Ah! Pero no. El portero sonríe, gesto que han olvidado los porteros de nuestro Hollywood lejano. El portero no gruñe ni levanta las manos en gesto de suprema autoridad. El portero alemán junta los pies en un sonoro impacto, hace un rápido movimiento con la cabeza rapada, en el cual la barba toca el cuello de la camisa, y se aparta militarmente para dejar que nuestro auto se deslice por la avenida, detrás de la cual está la mentira del celuloide.

De la oficina, situada en medio de un jardín florido, sale un oficial, vestido de uniforme. (En Alemania, el uso del uniforme es una segunda y arraigada naturaleza.) Y después de las triviales frases de bienvenida nos conduce al interior del salón de espera. La manecilla del reloj apenas ha dado un pequeño salto cuando se presenta el conde Schönfeldt. De nuevo se

Käthe von Nagy, la celebrada actriz germana.



El eximio cantante italiano Beniamino Gigli sorprendido por la cámara fotográfica mientras charlaba con Mary M. Spaulding en los estudios de la Tobis, donde filma la película «Ave Maria».

Ayuntamiento de Madrid

Käthe von Nagy



repite el impacto de los pies, el saludo obligatorio del germano, y, conducidos por tan aristocrático varón, penetramos en el misterio de los estudios.

Lo miramos a hurtadillas... Queremos sorprender en él un gesto que nos recuerde a los barones, príncipes y otros individuos de la nobleza que engrosan modestamente las filas desesperadas de los «extras» en Hollywood. De esas comparsas que han llegado de todos los rincones del planeta para olvidar en la maravilla de un film y de una carrera en el arte nuevo las tristezas y las nostalgias de los pergaminos marchitos y perdidos para siempre.

Este conde de «verdad», sin haber perdido en esta era de igualdad los prestigios de su nobleza, no habla a gritos de su rancia nobleza: es uno de los oficiales de la Ufa.

Una vez dentro de los «sets» descubrimos que, si bien es verdad que todos los estudios tienen una gran semejanza, el carácter alemán ha imprimido a éstos una fisonomía diferente, un sello único y exclusivo de solidez militar. Nos llama la

atención la ausencia de cartelones escandalosos y de publicidad banal. La sobriedad del lugar donde se hace la farsa es característica de la idiosincrasia del pueblo germano.

Pero no queremos aburrir a los lectores con la descripción detallada de unos talleres que se parecen por dentro a todos los talleres donde se ruedan películas.

Nos detenemos en un «set» abrumado por el fulgor de cien reflectores. Representa el vestíbulo de un gran hotel. Enormes escaleras conducen al bar. Sobre una de estas escaleras, paralela a la otra, una cámara montada sobre rieles portátiles sigue los pasos del actor que baja majestuosamente por la opuesta...

Alto, delgado, de ojos pardos y cabellos brunos: es Willy Birgel, el actor principal del film e ídolo de las muchachitas románticas de Alemania. Tiene el tipo romántico, un poco a lo Ronald Colman, y posiblemente ha copiado mucho del arte sobrio de aquél.

Detrás del mostrador o «carpeta» del hotel, está la dama joven del film. Es rubia,

delicada, de belleza serena y responde al eufónico nombre de Irene von Meyendorff. La silueta nada tiene que envidiarle a la de su compatriota Marlene Dietrich. Pero su popularidad está aún en embrión. Los labios ligeramente sensuales sonríen...

—¡Ah! ¿Viene usted de América?... ¿Qué le parece nuestro cine?...—

Y aunque sus palabras son frívolas, detrás de los ojos hay una curiosidad definida, una curiosidad vigorosa por saber cómo son en la realidad las estrellas de allende los mares...

—Las estrellas, Irene, son todas igual: son todas deliciosos fuegos fatuos, juegos de artificio, relámpagos de gloria que duran, a veces, menos que el reflejo violeta de un sol poniente... Pero no se asuste, chiquilla: un momento de gloria puede llenar plenamente toda una vida. Es mejor brillar un instante que no brillar jamás...—

Y seguimos de largo, para llegar a un jardín donde se reproduce otra escena.

Es una escena campestre, llena de poesía... Sobre el césped húmedo se alarga la figura joven y grácil de otra estrella:

«Incógnito». Otro film que nos presentará a dos grandes figuras del cinema alemán: Hilde Krüger y Ernst Waldow.



Hilde Krüger en «Incógnito».

Willy Birgel con Lillian Harvey en una escena de su últimofilm.



Willy Birgel en su portentosa creación en el film «En pos de la libertad».



Hilde Krüger. A su lado, Ernst Waldow, el galán de la farsa, muere nervioso una ramita de hierba. El director, de bruces en el suelo, da las últimas instrucciones.

Aunque el reloj ha tocado la hora del meridiano, la escena ha de tener lugar, para acomodarse a las exigencias de la obra, durante la madrugada. Los auxiliares del director queman incienso sobre enormes pebeteros para dar la ilusión de espesa neblina mañanera... Un reflector, oportunamente escondido entre los árboles, se encarga de representar dignamente al sol que ha de taladrar aquellas nubes y sorprender maliciosamente a los enamorados.

Hilde Krüger ríe. Ríe con risa que evoca a la condesa Eulalia de los Madrigales. Hilde tiene que demostrar una pasión avasalladora, un momento de abandono pasional. Pero son las doce y la estrella tiene hambre: el estómago con sus exigencias brutales es mal consejero para el arte. Pero la escena tiene que ser filmada y la bella chiquilla alemana, de ojos enormes y pestañas sedosas, echa la cabeza hacia atrás, flotan sus cabellos de oro como el trigo maduro y los labios húmedos incitan al galán joven, que aún tiene escrúpulos de conciencia... Hilde, la eterna tentadora, mira amorosamente a Ernst, que aún resiste y que lucha contra los instintos primitivos, contra los frenos de la civilización y la bestia del hombre de las cavernas...

Pero el director da la voz: la voz definitiva, y el galán se inclina, toma entre sus brazos a

la chica rubia y el beso es el guión entre las dos almas enamoradas... El beso de la farsa.

¿Y quién dijo que estos besos son menos candentes en Alemania, la tierra fría y fle-mática, que entre las lindas parejas de Hollywood? ¿Quién dijo que el amor, aquí, allá, en cualquier rincón de la tierra, se presenta bajo aspectos diferentes? Aun cuando sea el amor ficticio, fabricado en el escenario, el amor es siempre lo mismo. Las niñas románticas de Hollywood no besan con más pasión que estas hijas del Rin.

OTRO día llegamos frente a la mole gris de los estudios de la Tobis. Es la segunda empresa cinematográfica de Alemania. La primera es la Ufa. Nuestro guía nos conduce a varios «sets», donde se filman otras tantas películas. Súbitamente nos sentimos transportados, gracias a la magia del cinema, a la casa del gran compositor Schubert, cuya vida se reproduce nuevamente en la pantalla. Schubert está soberbiamente interpretado por Paul Hörbiger, uno de los actores de ca-

rácter de mayor popularidad en Alemania. El actor se interesa por saber si sus películas gustan en nuestros países hispano-americanos. Y una vez más tenemos que confesar nuestra ignorancia a este respecto, pues hasta ahora pocas películas producidas fuera de Hollywood o Inglaterra han alcanzado al mercado de nuestra raza. América ha controlado hasta el presente un mercado que es fuente viva de explotación maravillosa para los yanquis.

A pesar de trabajar sin cesar, lo que más nos sorprende de los estudios germanos es su tranquilidad. Y de pronto ésta se rompe. Escuchamos unos gritos que parten de un «set» inmediato. Nuestro guía nos informa:

—Es el gran tenor italiano, el insuperable Beniamino Gigli, que está filmando.

Se diría que todos los cantantes demuestran su talento por medio de gritos y de arranques, que, en Norteamérica, llamamos en lenguaje vernacular «temperamentales».

Gigli se gasta el lujo de ser «temperamental». Graduado en esta virtud, bien podría pasar a Hollywood, donde florecen de

manera exquisita y vigorosa los Kiepara y otros de privilegiada voz.

Llegan hasta nosotros unos arpegios:

—Ja-ja-ja-ja... tra-ta-tra-ta...—

Es Gigli, que hace gorjeos. Gigli, que, a despecho del micrófono que todo lo recoge y que todo lo aumenta, ha echado a perder una escena con sus súbitos arpegios...

El pobre director alemán mira desesperadamente a los otros artistas. Y en esa mirada elocuente y silenciosa comprendamos lo que vale ser un cantante de nota: no se le puede arrojar del «set» y romperle la crisma con cualquier proyectil que se encuentre a la mano.

Y aquí fracasa por primera vez, frente a un gran «temperamento» y a una voz privilegiada, la organización militar de Alemania.

Gigli puede echar a perder, no digamos ya una escena, toda la película. Para eso es Gigli.

Silenciosamente pasan veinte chiquillas rubias, ataviadas con el traje clásico de la obra «Traviata». Son comparsas del film en



que el maestro italiano aplastará a los fanáticos cineastas con la maravilla de su garganta.

Sobre un gran cartelón se lee, en letras kilométricas: «Beniamino Gigli. Italfilm, Traviata-Bohème-Trovatore-Gioconda.» Nos enteramos de que en la película «Ave María», título de la que lleva al lienzo nuestro Gigli, el cantante nos dejará oír arias de todas estas famosas composiciones musicales.

Nos interesa entrevistarle y así lo haremos saber a nuestro amable guía. Se acerca al imponente personaje y, después de una larga discusión que tratamos de no escuchar por discreción, el maestro pasa

por nuestro lado sin echar sobre nuestra pobre humanidad una mirada; se encamina hacia su camerino y lo perdemos de vista mientras oímos el eterno gorjeo que se escapa como palomas asustadas de su augusta garganta.

Hemos de verle —le ha dicho el embajador de nuestros deseos— en su camerino, como es costumbre tradicional de la Opera. A nosotros la noticia no nos sorprende: hemos seguido a las luminarias cinescas por vericuetos más complicados, y por arrancar una historia propicia a satisfacer la curiosidad de nuestro público lector, ningún sacrificio es bastante grande.

Podríamos describir al señor Gigli di-

«Traidores» es la película en la cual veremos a Irene von Meyendorff.

ciendo que es un sujeto bajo, pomposo, un poco adiposo, de semblante adusto y muy seguro de sí mismo y de su gran importancia en el engranaje del arte. Pero nuestros lectores podrán contemplar su augusta figura, ya que el fotógrafo, indiscretamente, sorprendió un instante de nuestra charla.

Pero sí debemos advertir que Gigli, por una rarísima y maravillosa ilusión, ha de sonar que ha sido él y solo él quien ha

(Continúa en la página 22)

SI YO FUERA ESTRELLA...



...a las escenas dramáticas en que interviene un drink. Porque empiezan agitando la coctelera, y acaban agitando a la protagonista.
...a las películas de gangsters y scrooks. Porque detrás del beso de amor se esconden la ametralladora... o la policía.

SI YO FUERA ESTRELLA, TENDRÍA UN SANTO HORROR...

...a las entrevistas periodísticas, y a esas horribles preguntas acerca del color y el olor preferidos, los productos de belleza usados, el plato predilecto, el régimen adoptado para no engordar, y la ensaladilla rusoamericana de amor y divorcio.

...a las biografías amasadas en los departamentos de publicidad, que, invariablemente, comienzan con esta ingenuidad: «Nacida en tal sitio, un día tantos de tal mes...» (sin especificar nunca de cual año) y terminan con esta alevosía: «No deje usted de admirarla en nuestra película X que se exhibe en el cine Z».

...a los lanzamientos retumbantes, con acompañamiento de bombo, platillos, jazz y murga completa; de letreros luminosos cegando desde todos los cielos y gritos de altavoces resonando en todos los oídos.



...al capricho de los directores de volverme hoy rubia y mañana morena. Porque después de haberme llamado hoy «de ébano» y mañana «de platino» llega la desilusión de no tener otro lado de qué volverme.
...a los calificativos florales: «camelia, orquídea»... Pasan demasiado pronto: se olvidan. Y a los de joyería: «oro fino, perla de Oriente»... Cuestan mucho: se dejan.



...a los montones de correspondencia —hipotética o real— procedente de todos los rincones del mundo; y —por un igual— a las peticiones de dinero y a las declaraciones de amor desinteresado.

...a las fotografías reproducidas en serie, representando a un mismo tiempo en miles de revistas, escaparates y vestíbulos, una misma actitud, una misma sonrisa, un mismo vestido... o un mismo desnudo.

...a los contratos en que figura una cifra seguida de muchísimos ceros. Se empieza por ir borrando ceros... y se acaba por borrar la cifra.

...al matrimonio. Por que es preludio del divorcio. Y al divorcio. Por ser antecámara de nuevo matrimonio.



...a la fama fulminante; a la popularidad excesiva; a la publicidad gritadora, tendría santo horror... si yo fuera estrella.



(Fotos M.-G.-M.)



«ESTOS papelitos de ingenua son la peor tortura que haya podido inventarse contra una mujer y contra una artista. ¡Ingenuidad! ¿Cuánto dura la ingenuidad, flor delicadísima, frágil, rara, que alguien duda hasta de que exista en nuestros poco ingenuos tiempos? ¡Ingenuidad! ¿Quién puede alabarse de representarla con verosimilitud, después de haber visto frente a frente el amor, la vida, el trabajo?... ¡Ah, estos papelitos de ingenua! Los días pasan, los desengaños llegan, la lucha por la gloria y el dinero curte el espíritu como el viento de los «exteriores» en las cintas de Oeste curte la tez fina, y la luz cegadora de los sunlights va poniendo, implacable, en torno a los ojos, la temida red de finísimas líneas. La femenina figura pierde la línea recta y rígida de éfobo o de niña; se herosea... pero se redondea; la mujer despunta y despierta; la pasión pone fuego en los ojos y en el alma; languidez en los ademanes. Y los directores gritan: «¡No; eso no: no es eso!» ¡Ah, estos tremendos papelitos de ingenua! Hay que pasar hambre, por conservar la línea infantil, hay que sonreír cándida, estúpidamente, frente al desengaño; hay que enfundar las piernas turgentes en unas horribles medias negras... Y hay que dar saltitos y fingir travesuras, cuando la primera cana y la primera arruga aparecen, cuando la ley tramita un segundo divorcio, cuando el dolor llama con insistencia a la puerta. Si todo esto no puede disimularse, vencerse, olvidarse, sobrepasarse, es que nuestra carrera está terminada. Como esas madres egoístas que no quisieran ver crecer a sus hijos porque no dejaran nunca de ser suyos del todo, el público implacable no quiere admirar en plenitud a los que idolatró en capullo. ¡Ah, estos espantosos papelitos de ingenua!»



«Vampira. Vampira. Vampira. O mujer fatal, si alguien lo prefiere. Condena a perpetuidad de gesto falso, de actitud falsa, de papel falso. Los padres de familia sueñan conmigo como con el peligro amarillo. Las madres me odian. Los adolescentes me desean, y confunden conmigo a la primera infeliz con que se tropiezan. Ante el tomavistas o en la vida real debo rodearme de un misterio arbitrario y ridículo, vestir ropajes absurdos no regidos por ninguna moda, moverme lánguidamente, mirar con los párpados semicerrados, hablar con voz ronca y lenta, y consumir cigarrillo tras cigarrillo. Si me caso y se sabe que soy una buena madre de familia, esto perjudica a mi cuidadosamente tejida aureola de perversidad. Si gusto de divertirme como las demás, esto me desprestigia... Si ensayo un peinado normal, un traje normal, y reclamo un papel normal, esto me hunde. Porque soy mujer fatal, por obra y gracia del primer director que me incluyó en un reparto. Vampira. Vampira. Vampira...»



«¿Por qué se obstinan en darme papeles cómicos, a mí, que podría ser una gran trágica?»



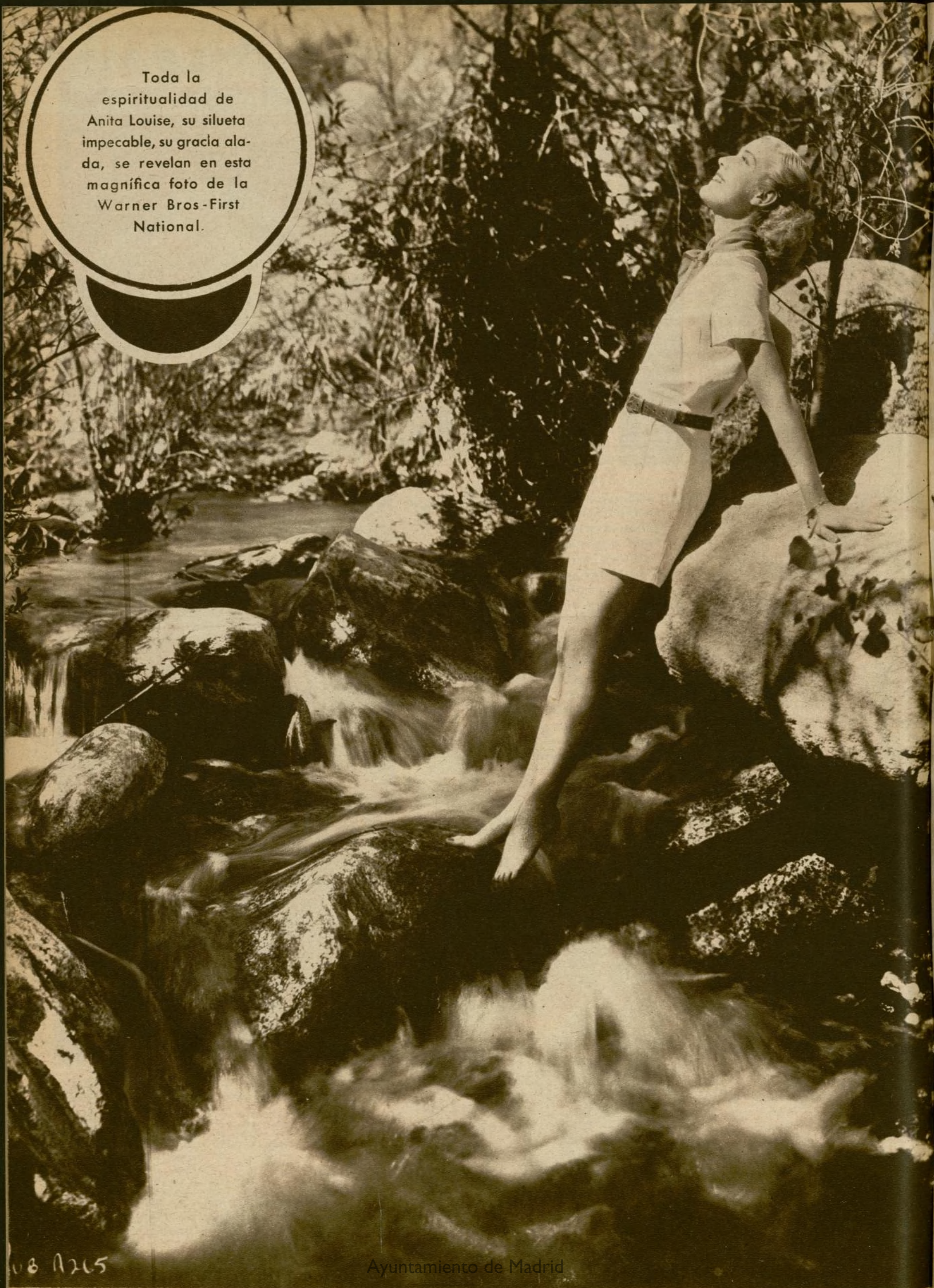
«¿Por qué quieren que llore y gima a perpetuidad, si la risa me retoza en los labios, en los pies, en los dedos; me brinca en todo el cuerpo, diríase que me sale por los poros?»

«¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué...?»

Si yo fuera estrella... ¡Ah!, pero ¿a qué seguir? Si yo fuera estrella me hubieran ya puesto en la puerta del estudio, y tendría que volver a casa a pie y sin dinero.

MARÍA LUZ

Toda la
espiritualidad de
Anita Louise, su silueta
impecable, su gracia ala-
da, se revelan en esta
magnífica foto de la
Warner Bros-First
National.



GLADYS SWARTHOUT

La simpatía es una de las cualidades más aparentes de Gladys Swarthout, agraciada actriz que, surgiendo en la obscuridad de una aldea del estado de Missouri, logró en pocos años convertirse en una de las divas más aplaudidas del Metropolitano de Nueva York y que recientemente ha sido aclamada por los públicos cinematográficos del mundo entero.

En esta actitud de Gladys no hay el menor asomo de afectación. Sería imposible mantener constantemente una amabilidad fingida como la que la encantadora actriz manifiesta hacia todas las personas, sin distinción de clase o posición.

Pero todas las personas que han trabajado con ella en sus recientes producciones están de acuerdo en que la cualidad más notable de Gladys Swarthout es su simpatía.

Gladys es una mujer inteligente que no vacila en expresar sin titubeos sus opiniones. Sin embargo sabe defender sus intereses con energía pero sin ofender a nadie y dejando siempre una impresión de sinceridad y franqueza que desarman al ser más importuno.

El esfuerzo continuado y persistente que la vida de los estudios exige de sus estrellas tiende, naturalmente, a irritar su temperamento. Gladys Swarthout lo sabe de sobra, y con la inteligencia que la caracteriza, procura no dar rienda suelta a su desagrado cuando sus planes para el domingo se ven completamente desbaratados a causa de una conferencia que, con toda probabilidad, se hubiera podido posponer hasta el lunes.

La simpatía de Gladys se manifiesta en el interés que demuestra por todo lo que la rodea y por las ideas más divergentes. He ahí que su conversación tenga un atractivo poco común.

Y finalmente sus vestidos reflejan fielmente su personalidad. Todo lo que lleva está en perfecta armonía con su gracia innata. Gladys es una de las estrellas más encantadoras de Hollywood.



POCAS figuras masculinas del cinematógrafo han cautivado nuestra admiración de un modo pleno. Concretamente, tres hasta hoy, y no todas precisamente en la misma proporción. Han sido estas tres figuras Charlie Chaplin (Charlot), Charles Laughton, el admirable creador de «The private life of Henry VIII», y Adolphe Menjou, cuyas interpretaciones son tan variadas como felices.

Respecto de las dos primeras, ya hemos tenido ocasión de expresar —en estas mismas columnas— los motivos en que se fundamentaba esta admiración nuestra: hemos analizado la personalidad artística de estos dos colosos del cinema, destacando aquellos valores que, a nuestro juicio, constituyen precisamente la esencia misma de esa personalidad. Hoy queremos hacer lo propio con Adolphe Menjou, tercer vértice de ese triángulo de preferencias. Pero antes deseáramos hacer algunas consideraciones en torno al difícil arte de la pantalla.

SIN duda el cinematógrafo, en su ya dilatada —aunque todavía breve— historia, ha dado un gran número de excelentes actores. Se podrían contar a docenas. Pero ser un actor excelente no es en modo alguno ser un gran actor. Grandes actores, actores con personalidad definida, ha dado relativamente pocos. Mas, como quiera que a nosotros, en materia de arte, siempre nos ha interesado más la calidad que la cantidad, no hemos de lamentar ciertamente que este número de grandes actores sea o haya sido tan reducido. Por otra parte, lejos de nuestro ánimo el propósito de herir susceptibilidades.

Pero es un hecho indiscutible que muchos artistas cinematográficos que no pasaban de ser excelentes actores han gozado circunstancialmente fama de grandes intérpretes. Naturalmente, sobre gustos hay poquísimo escrito y nosotros ni tan siquiera podemos permitirnos la incorrección de aconsejar a nuestros lectores que circunscriban sus preferencias o sus plácemes en sólo tres artistas, como nosotros hacemos. Aquí entra por mucho la interpretación personal, y ésta es siempre sagrada para nosotros. Pero es evidente que al otorgar el título de grandes actores a quienes en realidad no lo son, se ha tenido en cuenta, más bien la preferencia subjetiva que el examen objetivo del talento artístico.

Sea como fuere, frente a una serie de artistas malos y medianos, se destaca una pléyade de valores de verdadera envergadura: tales Paul Muni, admirable en muchas de sus creaciones y especialmente en la inolvidable de «Soy un fugitivo»; Lewis Stone, artista de una personalidad acusadísima y, especialmente, Lionel Barrymore, representante de un arte lleno de matices psicológicos.

Repetimos que la falta de una interpretación objetiva —y aquí la crítica puede hacer mucho para orientar al espectador— hace que muchas veces se dé categoría artística a lo que no la tiene. Hay, sin duda, actores que son excelentes jinetes, grandes nadadores, «sportmen» consumados... pero esto no es ser artista. Los hay que tienen una figura gallarda, que son sumamente fotogénicos, en el sentido de producir siempre una continuidad de expresión, y que visten irreprochablemente un «smoking» o un «frac»... Pero estas dotes, con todo y ser muy necesarias en el cinematógrafo, no son propiamente valores artísticos. Arte, tanto en el cinematógrafo como en cualquiera de las diversas manifestaciones de la vida, del sentimiento o de la idea es otra cosa. ¿Qué?

ARTE es —refiriéndonos concretamente al cinema— personalidad. Y la personalidad es creación. Y la creación es humanidad. Y la humanidad es universalidad... El genio, ante todo, es uni-

COMENTARIOS DE UN ESPECTADOR



ELEANOR
WHITNEY

se prepara para la
nueva temporada in-
vernal... en el estudio.

(Foto Paramount.)



EL TRÁFICO DE FLORES



Ayuntamiento de Madrid

Es otro gran film que acaba de terminar Cifesa.

Benito Perojo lo ha dirigido con el acierto y entusiasmo de siempre.

En la interpretación se destaca la labor de Ana M^a. Custodio, Blanca Negri, Pepe Calle, Valentín González, Rafael Calvo y Marina Torres. Pero lo que constituirá una verdadera sorpresa en el reparto, es la revelación de la encantadora Pastora Peña y de Manolita Díaz, que en este film hacen su debut en el celuloide.

Dixie Dumbar recibe el homenaje de sus compañeras de baile que la levantan en brazos en señal de admiración.



Blanca Vischer, Rossine Lawrence, Ruth Peterson, y June Lang, otras cuatro bellezas de la 20th. Century - Fox que admiraremos en las pantallas esta temporada en una nueva versión musical.



Ayuntamiento de Madrid



Sir Guy Standing en un momento de la filmación de su última producción «La última singladura», que dirige Alexander Hall. (Fotos Paramount.)

SIR GUY STANDING

LAS mujeres le adoran y los hombres le admiran, lo cual explica su éxito en la pantalla. Su amabilidad es proverbial. Su buen humor y su simpatía conquistan a todo el mundo. Su filosofía de la vida está admirablemente expresada en esta frase: «He llegado a la edad del sentido común y del discernimiento, en que una mujer no es más que una magnífica montura para la esmeralda que cuelga de su cuello». Sin embargo es uno de los hombres más populares de Hollywood y con frecuencia aparece en público acompañando a alguna de las bellezas de la colonia cinematográfica. Pero mientras está trabajando en el estudio lleva una vida de anacoreta, concentrándose en su trabajo y negándose incluso a leer cartas.

Su plan de vida es de los más sensatos. Vive en su casa a orillas del lago Malibu, dedicando sus ratos libres a la pesca o la navegación en un bote de vela. Con frecuencia recibe a sus numerosas amistades, que representan todos los matices y categorías de la sociedad cinematográfica. Los deportes son el entusiasmo de sir Guy. El boxeo, principalmente. Raro es el «match» que se celebra en Hollywood que se le escape. Además es uno de los patrocinadores del «team» de «baseball» del estudio de la Paramount.

Adolph Zukor fué el hombre que descubrió el talento de sir Guy y le arrancó la promesa de que volvería a Hollywood cuando en 1914 el distinguido actor abandonaba Hollywood para unirse a la marina de guerra de su majestad británica. Zukor había previsto el porvenir del actor. Es un excelente acuarelista. En su casa de Malibu tiene un taller en donde fabrica modelos de barcos de vela, habiendo participado en varios concursos de esta clase de diminutas embarcaciones. Cuando no trabaja acude al estudio para visitar a sus amistades. Hollywood le adora.



UNA VISITA A LOS ESTUDIOS VIENESES

LOS «ateliers» vieneses están de enhorabuena. Directores nacionales y extranjeros están haciendo y preparando películas de todas clases y nuestros estudios están ya alquilados hasta fines de año. En muchos «ateliers» trabajan simultáneamente dos «producers». Las más famosas estrellas de la pantalla prestan su arte a la designación «película vienesa». Las muchas «girls» y «boys» vieneses que esperaban desde hace una infinidad de meses poder filmar y ganar así a diario unos schillings, trabajan ahora desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche.

Pero el mucho material disponible impide que sea hecha una reseña especial para cada película. Vamos a hacer, pues, solamente una información general.

Empecemos con el tenor de las mujeres de todos los mundos, el feliz esposo de Martha Eggerth, Jan Kiepura. Acaba de terminar su primera película, hecha en Viena; el título provisional de la cual es «En el brillo del sol». Al simpático Jan le ofrece esta película grandes posibilidades para encantarnos con su voz de oro. Su papel es algo verdaderamente sensacional. Kiepura interpreta esta vez un «chofer de taxi». Sus dos «partenaires» son, desde hace muchos años, estrellas de los escenarios vieneses. La rubia Friedl Cepa, que hizo su debut en la pantalla en la película «Episodio», con Paula Wessely. El segundo gran papel lo interpreta la encantadora Lulu von Hohenberg, que debuta con los mejores auspicios. Los peritos creen que fraulein Lulu puede tener una carrera igual a la de Marlene Dietrich. El último día de trabajo Kiepura invitó a varios centenares de chofers de profesión para que pudieran asistir a los últimos toques de la película. Después, el célebre cantante ofreció un banquete a sus «compañeros».

Magda Schneider, popular estrella, bavaresa de origen, hace junto con el famoso Willi Eichberger y el primer actor del Burgtheater, Fred Hennings, la muy divertida película «Prater». Hay que explicar algo este título, ya que suponemos que no todos los lectores de FILMS SELECTOS conocen Viena. El Prater es un célebre parque de diversiones, cerca de Viena, como el Montmartre parisiense o el Luna Park de la capital alemana, con tivvivos, cabarets, cines, etcétera. ¿Recuerdan ustedes la graciosa cinta «Amoríos», que se estrenó en España hace unos dos años? La película «Prater» es algo parecido. Trata de la vida de gente joven. Mucho amor y mucha pena. Se rueda en los estudios del Rosenhügel, pero los exteriores son hechos en el mismo Prater. Con la colaboración de todas las atracciones del parque y de su público. La acción de la película transcurre en los tiempos de la inflación en el 1923.

Tres nombres, tres favoritos del público europeo en una misma película titulada: «Señorita Lilli» (Fraulein Lilli). El éxito ya es casi seguro antes del estreno. Nada más y nada menos que Francisca Gaal, Szoëke Szakall y Hans Jaray prestan su colaboración a esta cinta que se está filmando en los estudios de la Tobis-Sascha, en Sievering. Pero no solamente el hecho de que estos tres actores trabajen juntos es sensacional, sino que, además de esto, Francisca Gaal interpreta un papel completamente distinto de sus anteriores creaciones. Como ustedes seguramente recuerdan, Francisca hizo hasta ahora siempre papeles de muchacha de familia modesta o pobre. Pero esta vez la simpática estrella interpreta una «muchacha bien». Ella misma dice que no está muy contenta del cambio, ya que hasta ahora no ha tenido que cuidarse de sus «toilettes». Francisca Gaal, juntamente con Szoëke Szakall, va ahora a los teatros, visita las carreras de caballos y pasa una temporada en la costa azul. Dentro de unos días la compañía se trasladará a Montecarlo y Niza para completar el trabajo con impresiones en el mismo lugar. No hay que decir con qué ansia esperan este viaje. También hemos charlado unos instantes con Hans Jaray que, respecto a España, nos dijo que será muy fácil un viaje suyo a este país, ya que para la próxima temporada preparan allí el estreno de una obra suya. Jaray tendría mucho interés en dirigir un día una película en España. Además de Szakall y Jaray rodea a la señorita Lilli una élite de primeros actores de los escenarios de la capital austriaca. El director de la película es Hans Behrendt.

Como última producción vienesa queremos mencionar la impresión de «Manja». En esta película, que lleva su acción en el siempre interesante y atrayente ambiente ruso, veremos la gran actriz alemana Olga Tschechowa, que hoy podemos considerar como la artista alemana que tiene la mayor cantidad de contratos y, además, los mejores. Olga Tschechowa, que a todos sus papeles da algo de mujer fatal y



Olga Tschechowa y Hans Schott-Schoebinger en «Manja».

Magda Schneider, Annie Rosar, Fred Hennings y Hans Olden en «Prater».



Magda Schneider y Willi Eichberger en «Prater».



Friedl Cepa, Jan Kiepura y Lulu von Hohenberg en «El brillo del sol».

vamp, está rodeada esta vez de dos debutantes en la pantalla. El primer debutante, mejor dicho semidebutante, es Maria Andergast, ya que la artista interpretó papeles sin importancia en cintas que no han podido recorrer el mundo como lo hacen cintas de éxito. «Manja», pero, puede ser considerada como asunto de éxito con un reparto tan destacado. Podemos tener la seguridad que pronto, muy pronto, el público español podrá admirar esta deliciosa artista que hace unos años actúa en nuestros primeros escenarios. El otro debutante es Hans Schott-Schoebinger, un galán joven vienés, que da al papel de un oficial del ejército ruso toda la prestancia y nobleza que merece.

NOTICIAS CORTAS SOBRE LA PRODUCCION EN AUSTRIA

La casa Gloria prepara la filmación de «Flores de Niza», con la gran cantante alemana Erna Sack y, además, con Friedl Cepa, Karl Ludwig Diehl y Paul Kemp.

Dentro de pocos días, la Donau Film empezará a rodar la película «El paraíso de las mujeres», y ha contratado para la interpretación a Hortense Raky, una joven actriz húngara; Maria Christen y Hella Pitt; al tenor Ivan Petrovich y Leo Slezak.

«Pan de Viena» (Schwarzbröt und Kipfel) es la primera película que la nueva productora Eda-Film rueda en los «ateliers» de Schoenbrunn. El director de la película es Hanns Zerlett. La misma casa anuncia dos películas más, tituladas «La bola de oro» y «Jan Fogg, el millonario».

Una película corta muy interesante es la que está haciendo Frank Ward-Rossak. La cinta se titula «Máquinas muertas» y se propone hacer campaña contra el paro forzoso. Los asuntos exteriores fueron hechos en fábricas paradas. Los interiores en los «ateliers» de la Selenophon.



Magda Schneider en «Prater».



Francisca Gaal y Szoëke Szakall en «Señorita Lilli».

Maria Andergast, Hans Schott-Schoebinger y Olga Tschechowa en «Manja».

Ayuntamiento de Madrid



Film Warner Bros-First National

Intérpretes:

FREDRIC MARCH
OLIVIA DE HAVILLAND
ANITA LOUISE
CLAUDE RAINS
GEORGE E. ESTONE
DONALD WOODS
STEFFI DUNA
LUIS ALBERNI
HENRY O'NEILL
PEDRO DE CÓRDOBA

Director:

MERWYN LeROY

La dulce niña no supo oponerse a los deseos ambiciosos de su padre y se unió en matrimonio a aquel viejo crápula cargado de millones que ambicionaba poseer el tesoro de juventud y de belleza de la hija de John Bonnyfeather, y que la compró como se compra una mercancía, llevándola lejos de su patria y de sus amistades...

Pero no logró con ello separarla del hombre al que María amaba, del hombre con el que hubiera querido unir su existencia para hacerla dichosa... Denis Moore siguió a la joven recién casada y, mientras el viejo marido cuidaba de su salud intentando recuperar las perdidas fuerzas viriles, María y Denis ardían en la pasión que abrasaba a sus corazones enamorados, perdiéndose en el placer de sus besos, gustando la delicia sabrosa de los encuentros clandestinos y conociendo la delicia de aquel amor prohibido cercado de peligros...

El viejo marido sospechó..., indagó..., descubrió... Su esposa iba a ser madre y no era él, no podía ser él el padre de aquel ser engendrado por María... Luis de Vinciata, el marido ultrajado, conoció también el placer de la venganza... Atormentó a la dulce enamorada hasta hacerle confesar el nombre del amante con el que se batió en un espantoso duelo a muerte en el que Denis perdió la existencia dejando abandonada a su desesperación a aquella por la que hubiera dado gustoso su vida toda para hacerla dichosa... La venganza de Luis de Vinciata no había terminado... Era preciso vengarse de la esposa y su venganza tenía refinamientos sádicos... La trasladó en un viejo carricoche a la choza de unos pastores en lo alto de las cumbres de los Alpes y allí, la delicada criatura, tras largas horas de dolor y angustias de muerte, dió a luz un niño yendo ella a reunirse en un mundo más piadoso y más dulce, en el mundo del no ser, con aquel al que tanto había amado... Luis de Vinciata metió al recién nacido, al hijo de su esposa, en un viejo maletucho y fué a depositarlo en el torno de un convento de monjas situado en las proximidades de Leghorn.

Ayunramiento de Madrid

Recogieron las piadosas mujeres a la criatura abandonada como si fuera un don que les mandara el cielo y del que debían cuidar. Había llegado el niño al convento el día de San Antonio y, como no trajera ningún indicio personal, le llamaron Antonio... Creció el niño en aquel ambiente monacal, ignorante por completo de la adversidad que, como un estigma del que nunca había de librarse, había sido el signo de su nacimiento... El capellán del convento le educó y le amó como a un hijo, pero los muros que circundaban la huerta de las monjas se habían hecho pequeños para el chiquillo que ya contaba diez años, ansioso de conocer y de vivir... Un día saltó aquellas tapias, se encontró con una chiquilla de su edad a la que regaló un nido de gorriones y flores silvestres y, con esa gracia espontánea de la infancia, se hicieron tan buenos amigos que la niña le llevó a su casa para obsequiarle con una merienda...

Aquella escapada hizo reflexionar mucho al viejo sacerdote que hasta entonces había cuidado del niño y, comprendiendo que no debía encerrarse en el tierno regazo de un claustro a una criatura llena de ansias de vida, consiguió, por medio del cónsul de Inglaterra, padre de la encantadora niña con la que Antonio había entablado amistad, que entrara a trabajar en la casa de un comerciante escocés... Aquel comerciante era John Bonnyfeather, el padre despiadado de la dulce María, el abuelo del niño...

El orgullo de John Bonnyfeather le atenazó su lengua y jamás dijo al niño que él conocía su historia, jamás le mostró su ternura de abuelo que, sin embargo, crecía en su corazón que había despertado con el trato de aquella criatura buena y dócil, aplicada y complaciente, a la que había recogido en su casa y trataba casi como si fuera de la familia... John Bonnyfeather llamaba al muchacho «Adversidad», como si quisiera con aquel apodo recordar siempre las desgraciadas circunstancias en que había venido a la vida.

A los veinte años Antonio era un muchacho fuerte, viril, hermoso como un dios. El trato constante con Angela, una chiquilla dos años más joven que él, encendió en su corazón un amor vivo que halló eco en el corazón de la muchacha... Pero aquel amor no pudo cuajar en realidad, porque los padres de Angela se la llevaron a la ciudad, lejos del lugar donde Antonio «Adversidad» trabajaba al lado de Bonnyfeather...

Dos años más tarde Antonio volvía a encontrar a Florence, la hija del cónsul de Inglaterra que había estado ausente durante todo aquel tiempo y, aunque Antonio no había olvidado a Angela, el recuerdo de la tierna amistad infantil que le había unido a Florence le hizo volver a ella con el alma abierta de par en par por el ansia de hallar una compensación espiritual que no encontraba en la casa de su protector... Pero para el orgulloso cónsul era una humillación que su hija iniciara unas relaciones que podían derivar en amor con un muchacho del que no se conocía la procedencia, con un pobre expósito que nada tenía en el mundo más que sus propias cualidades... Y Florence fué arrebatada precipitadamente del peligro, mientras Antonio «Adversidad» bajaba la cabeza ante aquel nuevo golpe del destino.

Entretanto, la invasión napoleónica, llegada a su apogeo, ponía en fuga a todos los comerciantes extranjeros que residían en los países invadidos por las tropas del codicioso guerrero. Bonnyfeather, como los otros, cerró las puertas de su comercio y con su inmensa fortuna labrada en toda una vida de trabajo, marchó a establecerse a Londres, llevándose al muchacho al que había cobrado un hondo cariño que procuraba ocultar tras una máscara de indiferencia y crueldad.

Un día, en el teatro, Antonio encuentra de nuevo a Angela convertida en famosa artista. La espera a la salida del teatro. Angela le reconoce. Hay un momento de honda emoción entre los dos enamorados. Antonio acompaña a la gloriosa actriz hasta su hotel... y pasa con ella la noche en el más delicioso de todos los delirios... Se juran amor eterno... Se casarán en seguida... Nada ni nadie les podrá separar... En su delirio amoroso, Antonio se olvida de que se llama también «Adversidad» y cree que por fin ha llegado la hora de la dicha.

Al día siguiente la compañía artística de la que Angela forma parte, sale precipitadamente para Roma... Angela ha corrido a casa de Antonio para advertirle..., pero la «adversidad» es el estigma de este hombre en el que el destino se ensaña... Antonio no está en casa y el viento se lleva lejos las palabras que Angela le escribe y deja clavadas en la puerta...

Desesperado por este abandono que no acierta a comprender, Antonio embarca para Cuba con un encargo especial del viejo Bonnyfeather que va a despedir al muelle a su nieto y que por primera vez en su vida siente nublarse sus ojos con las lágrimas dulces de la ternura y del amor... Al regresar Bonnyfeather a su casa, al sentir la soledad en que le deja la partida del muchacho, comprende cuánto le ama y llama a su notario para testar a favor de su único heredero legítimo...

Antonio ha recorrido América de norte a sur... Su ansia es la aventura temeraria y la



inquietud constante... Ansioso de crearse una fortuna, como se la crean los buscadores de oro, se traslada a África, llevándose con él al hermano Francisco, el fraile que ha conocido en una lejana misión de las tierras vírgenes y que quiere ir a salvar a los infelices del continente negro. El cuerpo y el alma de Antonio se han endurecido con aquellos años de correrías y de luchas por alcanzar fortuna... Ya no es el muchacho dócil y bueno educado con esmero por el anciano cura de un tranquilo convento de monjas... Es el aventurero audaz y valiente, esforzado y fuerte que a nada teme ni ante nada retrocede... Vive en las selvas con una mestiza que le adora, se da a la bebida, a la corrupción de todos los vicios, al desorden más desenfrenado... Las palabras del hermano Francisco, que quiere volver al sendero del bien a aquel hombre que no está corrompido totalmente, no hallan eco en el corazón de Antonio, que se mofa de él y le maltrata... El hermano Francisco se aparta de Antonio, se interna más en el país, y establece una misión para esclavos enfermos o para aquellos que son tan desgraciados que no encuentran postor en el mercado de carne humana...

Antonio ha enfermado gravemente con una maligna fiebre tropical... En su delirio llama al hermano Francisco para pedirle perdón de todas sus culpas... pero la mestiza, celosa de aquel hombre, no deja entrar al buen fraile que ha venido a ver al enfermo, al que acaso podría curar con sus conocimientos medicinales... Al que quería regenerar el alma con sus palabras de santo consuelo... Cuando Antonio se restablece busca al hermano Francisco, corre hasta su humilde misión... y da con él en el momento en que acaba de ser crucificado por haber quebrantado las leyes que regían el mercado de esclavos y que prohibían toda protección a aquellos que querían escapar del cruel cautiverio... El dulce fraile mira con ojos piadosos a Antonio y, sonriendo en medio del espantoso suplicio, imitando a Aquel cuya doctrina había querido predicar, suplica a Antonio que abandone aquella vida, que vuelva a su patria, a su hogar..., al hogar que puede todavía formar, fundándolo en las santas doctrinas del Evangelio... Antonio, emocionado, jura cumplir con lo que el agonizante le suplica.

En Leghorn todo ha cambiado. El viejo Bonnyfeather ha muerto, el negocio no existe, la casa parece estar en la más espantosa de las ruinas. El criado, que ha conocido a Antonio desde niño, pero al que no conoce ahora porque viene curtido por todos los climas y quemado por todos los soles, aunque Bonnyfeather ha dejado toda su fortuna a un muchacho que partió a Cuba hace muchos años... Que si el muchacho regresaba podría realizarse la casa, apriada ahora por la que era ama de llaves de Bonnyfeather y su amante, un tal Luis de Vinciata.

Antonio va a hablar con esos dos siniestros personajes... ¡Oh, si él supiera que aquel viejo Luis de Vinciata es el asesino de su propia madre!... Le reciben friamente, duramente... Los dos saben el parentesco que hay entre Antonio y el muerto; los dos saben que toda la fortuna de Bonnyfeather pertenece al muchacho; pero los dos ambicionan robar para ellos aquella gran fortuna... Antonio les pregunta por Angela, a la que aún recuerda con ternura a través de sus años de disipación, de locura, de desenfreno... Contestan con vaguedades... Estará en provincias de tournée... ¡quién sabe dónde estará! Luis de Vinciata y su amante odian al muchacho y no le darán indicio alguno para que pueda encontrarla...

Antonio marcha a París... El odio de la pareja siniestra y malvada le persigue de cerca. Pri-

mero es el intento de un vuelco en plena carretera, aprovechando la oscuridad de la noche... Más tarde se le acusa de espía y se le mete en la cárcel...

El destino parece detener por un momento su mano implacable sobre la cabeza de aquel que ya antes de nacer cargaba con el pesado fardo de la adversidad. Napoleón Bonaparte necesita un hombre arrojado, enérgico, decidido para realizar una comisión: trasladarse a Méjico en busca del oro que el Emperador necesita para seguir su triunfal carrera de conquistas. Bonaparte es amigo de Nolte, el antiguo amigo de Antonio al que éste acude en demanda de auxilio cuando se ve acusado fatalmente de espionaje. Nolte intercede por él ante el Emperador, y Napoleón, magnánimo, pone en libertad a Antonio, comprendiendo pronto que aquél es el hombre que necesita para la lejana misión... Antonio frecuenta la corte del Emperador. Antes de embarcar Napoleón quiere que Antonio conozca toda la pompa de su casa, todo el esplendor de su dominio... Antonio cree vivir en un sueño...

Un día hay un baile de trajes en el palacio del Emperador; el brillo de la fiesta es deslumbrante: la gracia de las máscaras inimitable. Antonio mira y admira. Se cree vivir en un mundo nuevo... y en verdad es otro mundo bien distinto a aquel de las selvas africanas en donde vivió tanto tiempo... El Emperador baila con una mujer de cuerpo grácil y figura gentil, de ojos brillantes que despiden destellos tras el antifaz... Aquellos ojos se han posado en Antonio, han parpadeado, se han ensombrecido... y la bellísima enmascarada desaparece misteriosamente del salón.

—¿Quién es esa mujer que bailaba con el Emperador?— pregunta Antonio a su amigo.

—Mademoiselle Georges —replica—, la amante del Emperador.

Aquella misma noche Antonio recibió un pequeño y perfumado mensaje suplicándole que fuera a una villa de Passy. No hay duda de que es una cita amorosa... ¿Quién puede ser la bella?... Un poco emocionado por la aventura, el que ha vivido de la aventura, llama a la puerta misteriosa... Unos brazos se enlazan a su cuello, una boca le afrece el divino néctar del beso, unos ojos le miran a través de lágrimas de dicha... La que le ha citado es Angela, la amada de siempre, la mujer a la que nunca ha podido olvidar... Noche de locura, de amor, de dicha, en la que todo se olvida y todo se perdona... Aún le espera una nueva emoción; un chiquillo encantador se acerca a ellos; Angela le hace saludar, le acaricia tiernamente, y murmura rozando con sus labios la mejilla del hombre amado:

—¿Te acuerdas, Antonio?... Es nuestro hijo y se llama Antonio, como tú...

¿Puede durar la dicha para aquel que se llama Antonio «Adversidad»?... No; los espías de Napoleón han descubierto aquella cita clandestina y al gran amante no le gusta tener rivales. Preparará un golpe teatral, hará comprender a aquel mozo osado que no debe interponerse en su camino y luego... le mandará a cumplir aquella misión diplomática... Es el medio mejor de librarse de un importuno.

Noche de gran gala en la Ópera de París. Napoleón ha invitado especialmente a Antonio a asistir a la representación. Canta la tiple más famosa de Francia, mademoiselle Georges. Antonio sabe que es la amante de Napoleón y que deberá mostrarse correcto con la gran «prima donna»... Se alza el telón y aparece en escena la figura gentil, grácil, bella, elegantísima, de mademoiselle Georges... Antonio ahoga un grito. ¡Es Angela, la Angela de su corazón, la madre de su hijo!... Cruel venganza digna del Emperador...

Pero Antonio adora a aquella mujer y no quiere perderla de nuevo ahora que la ha hallado. Se casará con ella. Saltará todos los obstáculos. ¿Qué importa que sea la amante del Emperador, si él la puede llevar lejos, muy lejos, donde el brillo de la corte no ciegue y el amor pueda lucir en toda su plenitud?... Busca a Angela como un loco y le habla con apasionamiento... Angela sabe lo que representaría para Antonio si ella aceptaba su proposición, porque conoce al Emperador y sabe de sus venganzas... Prefiere rehusar la dicha que se le pone al alcance de la mano con un generoso desprendimiento repleto de sensibilidad femenina: cuando Antonio va a buscarla para unirse con ella para siempre, sólo encuentra una nota escrita en la que Angela le confía a su hijo... dejándole en prenda aquel fruto del único amor de su vida...

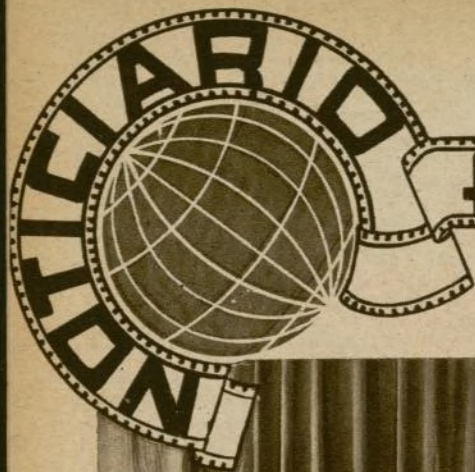
Sobre la cubierta del buque que acaba de zarpar con rumbo a América, mirando perderse en el horizonte la silueta de Notre Dame de La Garde, un hombre joven aún, pero envejecido prematuramente por los sinsabores de una vida dura y llena de escollos, permanece silencioso y tético mientras a su lado un niño le mira con la encantadora alegría de la infancia que no presiente las amarguras de la vida.

—Papá —pregunta el niño al hombre— ¿Cómo me llamo?

Y el hombre, acariciando con la mirada honda y triste del que ha sufrido mucho, replica lentamente:

—Antonio «Adversidad», hijo mío...





FILMS SELECTOS



El primer ensayo de «Romeo y Julieta».— Varios miembros del brillante reparto de la nueva producción Metro-Goldwyn-Mayer. De izquierda a derecha: Edna May Oliver, quien representará al aya de Julieta; George Cukor, director de la película; Norma Shearer, quien personificará a Julieta; Leslie Howard, a Romeo; John Barrymore, a Mercutio; Basil Rathbone, a Tibaldo; Violet Kemble Cooper, a la madre de Julieta; William Henry, a Baltasar y H. Kolker, al padre Lorenzo.

¿Sabe usted que Dorothy Lamour aún no se ha enterado de que las mujeres se cortan el pelo? Véala usted luciendo sus setenta y cinco centímetros de cabellera en una barraca que ha puesto en Hollywood, en donde se exhibe por la módica suma de diez centavos (Foto Paramount).



© En los estudios de la Gaumont-British (Londres), se han ultimado las siguientes películas:

«Siete pecadores». Director, Albert de Courville; fotógrafo, Mutz Greenbaum. Reparto: Edmund Lowe, Constance Cummings, Allan Jeayes, Félix Aylmer, Joyce Kennedy, Thomy Bourcelle, Mark Lester y H. Oscar. «Everything is thunder», sin título español todavía. Director, Milton Rosmer; fotógrafo, Gunther Krampf. Reparto: Douglas

Montgomery, Constance Bennett, Oscar Homolka, George Hayes, Fred Lloyd y Boris Ranevsky.

© Marlene Dietrich ha sido nombrada alcaldesa de la más nueva municipalidad del estado de Arizona. La aldea, un campamento de varias docenas de tiendas de campaña, está situada en pleno desierto, cerca de Yuma, y fué establecida con el propósito de filmar la producción de

Selznick International «El jardín de Alá». Se le ha dado el nombre de la famosa novela de Robert Hichens.

La honorable alcaldesa tiene un consejo municipal compuesto de Richard Boleslawski, el director; Jamiel Hasson, asesor técnico; Charles Boyer, Tilly Losch, Basil Rathbone, C. Aubrey Smith, Howard Green, Hall Rosson y Virgil Miller, fotógrafos.

© ¡Merle Oberon acaba de comprarse dieciocho boinas!

—No quiero acapararlas —expuso Merle—. Compró tantas de una vez para tener un buen surtido durante el verano, que es cuando las uso más. Las boinas me encantan: son elegantes y baratas.

Merle Oberon opina que la boina es el complemento perfecto de un vestido de deporte, y aún también para usarla por la tarde. Tiene varias boinas de peso ligerísimo, hechas todas ellas de materiales distintos. Una, de color azul, lleva una pluma roja en un lado; las otras están adornadas con hebillas, alfileres y legumbres. ¡Hasta legumbres! ¡Lo que no se ve en Hollywood...!

© Ciento veinticinco extras y setenta automóviles hubieron de utilizarse en la realización de una escena de la cinecomedia de Bárbara Stanwyck y Gene Raymond, «The Bride Walks Out» (Calabacea la novia), que se rueda en los estudios RKO-Radio, en la que aparece el rubio Raymond de agrimensor con el adusto Ned Sparks de ayudante, en un transitado cruce de la Quinta Avenida neoyorquina, en donde, para darle a miss Stanwyck la oportunidad romántica del caso, se convierte la arteria en un ma'emágun de tráfico...

© Una fidelísima reproducción del «Memento Mori» —cráneo miniatura de metal con un pequeño reloj incrustado, propiedad en vida de María Estuardo— será usado por John Ford, director del superfilm de Katharine Hepburn y Fredric March, para simbolizar la tragedia que le deparó la suerte a la infortunada reina de Escocia.



Marlene Dietrich y Joseph Schildkraut en una escena de la película la Selznick International «El jardín de Alá» (Foto United Artists.)

© Carole Lombard y Clark Gable salen juntos con bastante frecuencia en estos últimos tiempos y los chismosos de Hollywood empiezan a hacer deducciones...

© Para dar una idea de la importancia que ha readquirido desde 1935 la industria estadounidense del cinematógrafo reproducimos las cifras de algunas estadísticas que sobre ella se publicaron en dicho año en la Unión.

Se ha calculado en unos ochenta y cinco millones el promedio semanal de las personas que asistieron a las salas cinematográficas en 1935. Los promedios semanales de los años anteriores fueron éstos: en 1928, sesenta y cinco millones; en 1929, noventa y cinco millones; en 1930, ciento diez millones; en 1931, ochenta millones; en 1932, sesenta millones; en 1933, sesenta millones, y en 1934, setenta millones.

La industria de la pantalla está considerada por los economistas como una de las cinco principales del país, conjuntamente con la de los ferrocarriles, el acero, el automóvil y las construcciones y se la sitúa, por orden de importancia, en el cuarto puesto, después de las tres primeras citadas y antes de la última.

El total de capitales invertidos en dicha industria se estima en unos dos mil millones de dólares, la mayor parte de los cuales corresponde a las salas cinematográficas y sus equipos de proyección y reproducción sonora. El valor de los estudios está calculado en noventa y cinco millones, aproximadamente, y el costo de todas las películas producidas pasa anualmente de cien millones (ciento diez millones en 1934).

Trabajan en esta industria doscientas setenta mil personas, de las cuales veintiocho mil en las compañías productoras, ocho mil en las distribuidoras y las doscientas treinta y cuatro mil restantes en las salas cinematográficas. Las compañías productoras de Hollywood pagan anualmente unos setenta y cinco millones de dólares en sueldos y emolumentos diversos, lo que corresponde a un millón cuatrocientos mil por semana, más o menos.

© El gran actor inglés Charles Laughton ha sido contratado por la Warner Bros para la nueva producción de Max Rein-



Clark Gable y Joan Crawford celebran el quinto aniversario de la primera película en que ambos colaboraron como estrellas, «Amor en venta». La fiesta tuvo lugar en el escenario de una nueva producción de la Metro en que vuelven a aparecer de estrellas. De izquierda a derecha, el productor Joseph Mankiewicz, Reginald Owen, Gable, Miss Crawford, Franchot Tone y el director W. S. Van Dike. (Foto M.-G.-M.)

hardt, basada en la obra de Romain Rolland, «Danton». Actuarán en este film, junto con Laughton, Claude Rains, el intérprete de «El hombre invisible» y Spencer Tracy. Como consejero técnico figura el notable realizador Michael Curtiz.



Los americanos, siempre a la zaga de las novedades, han lanzado este elegante modelo de contrabajo de viaje. Lo han lanzado con catapulta. (Foto M.-G.-M.)



Último modelo de «reloj torre» que rogamos no confundir con un reloj de torre. Tiene baño, calefacción central y teléfono. En él viven las tres gracias que aparecen asomadas a la puerta de la torre. (Foto M.-G.-M.)



Francis Lederer y Ann Sothorn estudiando sus respectivos papeles en la película «Mi esposa es condesa». Hasta en lo de estudiar tienen suerte los actores de cine. Las asignaturas son fáciles. Y bonitas. Y entretenidas. Con un solo texto estudiarán dos personas, lo cual resulta económico. Y cómodo. Y agradable. (Foto Paramount.)

Por los estudios alemanes...

(Continuación de la página 5)

tenido la gloria de conquistar la Etiopía, arrebatándose a los negros abisinios. Nos lo dice su aire de infinita superioridad, su arrogancia y el poco caso que le hace al estudio, a los artistas, a los reporteros, a los magazines y al resto del mundo. Donde está Gigli está Italia. Italia, con toda su grandeza y su nuevo imperio, agregado al mustio imperio romano.

Hacemos la primera pregunta, que sale con la misma fuerza de un cañonazo:

—¿Está usted satisfecho de su nueva carrera artística?...—

El gran Beniamino Gigli hace un gesto de despectiva condescendencia:

—¿Esto?...—Su mano regordeta, su mano, diestra en el manejo de la cuchara con que come espaguetis para mantener su figura un tanto adiposa, abarca en un gesto truculento al estudio y a toda la República Germana—. ¿Esto?... ¡Vamos, para mí el cinematógrafo es una broma! ¡Yo, en el cine!...

Y parece decir, con toda la angustia de los no comprendidos:

«Un cantante como yo en el cine, dentro de un arte adulterado, dentro de esta mala caricatura del teatro...»

Y Gigli se compadece sinceramente, como si fuera un justo acusado de alguna tropelia que jamás cometió.

—¡Oh!, pero el cine es algo muy grande. La popularidad que se alcanza en el cine es superior a la que nos ofrece el teatro—decimos nosotros, por incautos.

Gigli da dos pasos agresivos. Nosotros damos otros dos en sentido inverso y, aunque en verdad no tenemos la culpa de que el gran cantante haya sucumbido al canto de esta sirena que se llama cinematografía, sentimos cierto terror... ¡Hemos incurrido en la ira de nuestro glorioso entrevistado!

—¿Cuántas películas ha filmado usted, maestro?... preguntamos valientemente.

—¡Dos! ¡Dos películas!...

Ahora la voz es plañidera.

Cierto individuo que está cerca nos dice en un susurro malevolente:

—El gran Gigli debe de estar apesadumbrado por no haber hecho más. Debe parecerle una iniquidad de los productores que no le hayan «descubierto» antes...—

Pasamos por alto la guasa. Después de todo, Gigli estaba triunfando en la ópera y nunca es tarde...

—¿Irá usted a América para filmar?...—

Antes de contestar, Gigli ensaya de nuevo un par de gorjeos; se asegura de que la voz está allí en su inmaculada garganta, gruesa y omnipotente; se asegura de que no ha escapado, humillada por tener que descender hasta el film, y nos dice, truculento:

—¿Yo?... ¿Para qué he de ir a América?... Ustedes tienen allí demasiado elemento...—

—¡Ah, maestro! Pero uno como usted, con su voz...—

Que nos perdona Kiepara por esta irreverencia.

Gigli se ablanda. Gigli se humaniza. Le hemos «tocado el lado flaco» al gran actor y él, como todos sus colegas en el arte, responde a esta dulce adulación:

—¡Oh!... Quizás... quizás... Tra-ta-tra-ta... ja-ja-ja-ja...—

Entre parlamentos, el maestro nos hace arpegios.

Hay que advertir, empero, que Gigli trabaja duramente para labrarse un porvenir haciendo películas en alemán. Como no conoce el idioma, cada frase tiene que ser aprendida de antemano para que vaya después al film. Y esta labor requiere una gran concentración y esfuerzos titánicos, especialmente cuando se piensa en nuestra propia lengua...

De manera que, en vista de todo esto, y por consideración al tiempo de Beniamino Gigli, determinamos no hacer las mil preguntas, poco más o menos idiotas, que se le hacen en casos semejantes a las grandes luminarias. Dominamos la curiosidad y salimos del camerino del maestro sin saber si es casado o soltero, si padece de dispepsia o si su estómago es tan formidable como su voz. Y más tarde, después de haber recorrido los demás escenarios y conocer a Käthe von Nagy, dama joven

de Gigli en el film «Ave María», pasamos furtivamente por los dominios donde reina el maestro italiano, el ave canora de los estudios Tobis.

¡Oh, iniquidad de la mala suerte!... Nuestra impresión última había de ser monstruosa...

Gigli dormía. La rotunda cabeza echada hacia atrás, el mentón trasudado, la boca entreabierta y la bata dejando entrever el vigoroso pecho sombreado virilmente, el gran cantante roncaba rítmicamente... Roncaba con la misma sana complacencia que roncaría un buen burgués, convencido de que la cuenta del casero estaba pagada y la comida copiosa en vías de fecunda digestión. Roncaba para arrebatarnos la ilusión. ¿Quién puede recordar ilusoriamente el cuadro de un mago del «bel canto», de un actor que electriza a la muchedumbre, de un romántico tenor que duerme con la boca abierta y ronca?...—

Pero el público..., el público no lo verá así y al aparecer con la bellísima Käthe von Nagy en esa superba producción de la Tobis (esperamos, al menos, que será superba teniendo a Gigli en ella), dejará una estela maravillosa de romance e idilio en los pechos femeninos. Nada como la farsa.

¡Bendito sea

el cinema!...

Mary M. SPAULDING

ADOLPHE MENJOU...

(Continuación de la página 10)

versal y humano. Arte es creación. Por ello —a nuestro juicio— Adolphe Menjou ocupa en el cinematógrafo el lugar de un creador. Propiamente, Menjou no ha creado nada en el sentido de creación original; lo que él ha creado estaba ya en la vida: «nihil novum sub sole». Ciertamente. Pero Menjou, al encarnar de modo admirable un determinado tipo humano, lo ha sacado de la penumbra original en que yacía; y, al darle personalidad definida, ha obrado como obraría un poeta...

Adolphe Menjou ha creado un tipo social sumamente complejo, de una psico-

logía simple en apariencia, pero profundamente complicada en realidad. El tipo por él compuesto no es fácilmente definible, y, no obstante, su personalidad es tan concreta y acusada, que se hace inconfundible. Es un tipo entreverado de cínico ingenuo —valga la paradoja—. Y Menjou le da tal categoría de humanidad, que no sólo redime al cinismo, sino que incluso llega a hacerlo grato, a fuerza de atenuar su parte detestable. Esto lo consigue Menjou merced a insuflar al tipo tal suma de espiritualidad, de distinción y hasta de temura, que el personaje, a fuerza de ser humano, se intelectualiza. Y esto no artificiosamente, no yuxtapuesto, no externo, sino emanado de un modo natural y lógico de la psicología misma de la criatura.

Esta faceta de la personalidad artística de Adolphe Menjou, con ser muy interesante, no es la más relevante aún. Existe otra todavía más profunda que si hubiésemos de concretar en una expresión breve la definiríamos así: ennoblecimiento del ridículo. No sabemos de ningún otro artista —excepto de Charlot— que haya sabido llevar el ridículo con más dignidad. Son tan dignos, tan nobles los ropajes con que Menjou viste las situaciones desairadas y aun francamente grotescas que en sus obras se le deparan, que lo que estuvo a punto de hacerse bufo y provocar la carcajada se convierte, de súbito, en algo enternecedor, emocionante, profundamente patético... Y la carcajada retrocede y en su lugar brota una frase piadosa. Esto es el ennoblecimiento, la dignificación del ridículo. Si en la película, Menjou representa el papel de un gran señor arruinado, que, por azares de la fortuna, se ve en situaciones humillantes, pronto se advierte que, a pesar de todo, el gran señor está siempre allí y que sabe sobrellevar con la altivez de un hidalgo castellano lo desairado y a veces ridículo de su posición: se advierte que el personaje puede llegar a detener, con suave gesto, al «ángel de lo grotesco», de que habla Poe.

Tal es el arte, profundamente humano, de Adolphe Menjou.

Francisco CARAVACA

BIBLIOTECA DEL PUEBLO

Esta publicación, destinada a divulgar entre el pueblo los conocimientos sociales, empieza su labor educativa con la edición de la obra que el público esperaba y que todos deben adquirir.

Historia de las Revoluciones Sociales

escrita por destacados y competentes especialistas que en forma clara y amena exponen las luchas que a través de la Historia ha sostenido la Humanidad, llevada de su afán de establecer una igualdad social justa y perfecta, que es ideal común de todos los tiempos.

Historia de las Revoluciones Sociales

se publicará en grandes cuadernos de 24 páginas, artísticamente ilustrados, con cubierta en huecograbado y colores. Estos cuadernos, cada uno de los cuales contendrá un relato completo, aparecerán cada dos semanas y, en conjunto, formarán un magífico tomo, por medio del cual el lector podrá seguir la Historia del Mundo a través de sus reivindicaciones sociales.

SE HA PUESTO A LA VENTA EL PRIMER CUADERNO, TITULADO ESPARTACO

Exposición del estado social de la antigua Roma y de la epopeya de aquel gran gladiador que luchó heroicamente para abolir la esclavitud.

EL CUADERNO NÚMERO 2, TITULADO GUILLERMO TELL

aparecerá el próximo 21 de noviembre y contendrá un relato completo de la heroica gesta de este genial libertador del pueblo suizo.

COMPRE ESTOS PRIMEROS NÚMEROS para saber nuestro programa a desarrollar y SERÁ UN COLECCIONADOR ENTUSIASTA de esta importantísima e interesante obra.

Precio del cuaderno: 30 cts.

De venta en todos los quioscos y en las

LIBRERÍAS HYMSA

Diputación, 211 Valverde, 28

BARCELONA MADRID

Plaza Mirasol, 6. - VALENCIA

Envío por correo si se remite el importe, más 10 cfs. para gastos de franqueo, a

EDICIONES HYMSA

Diputación, 211, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid



NUEVO
ÁLBUM

Ayuntamiento de Madrid

MARGARET SULLAVAN
y JAMES STEWART en
«Amor y Sacrificio»,
de la Universal.

NUEVO ÁLBUM

ERROL FLYNN

en su maravillosa
creación de «El Ca-
pitán Blood», film
que la Warner
Bros-First National
presentará esta
temporada en

